

entonces su empleo, pues el notario de Arcis le llevó la carta en que el consejero de Estado, que era ya senador, rogaba á Grevin que pidiese cuentas al administrador y lo despidiese. Tres días después, Michú obtuvo un finiquito en buena forma y quedó libre. Con gran asombro del país, se fué á vivir á Cinq-Cygne, donde Lorenza lo tomó por cortijero de todas las dependencias del castillo. El día de su instalación coincidió fatalmente con la ejecución del duque de Enghien. En todo Francia se supo casi á la vez el arresto, el juicio, la condena y la muerte del príncipe, terribles represalias éstas que precedieron al proceso de Polignac, Riviere y Moreau.

LIBRO DE NUEVO LEGADO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO II

REVANCHA DE CORENTÍN

Mientras se construía la quinta destinada á Michú, el falso Judas se instaló en las habitaciones situadas encima de las cuadras, al lado de la famosa brecha. Michú se procuró dos caballos, uno para él y otro para su hijo, pues ambos se unieron á Gothard para acompañar á la señorita de Cinq-Cygne en todos sus paseos, que tenían por objeto, como se comprenderá fácilmente, el proveer de alimentos á los cuatro hidalgos y el procurar que no les faltase nada. Francisco y Gothard, ayudados por Couraut y por los perros de la condesa, ojeaban los alrededores del escondite y se aseguraban de que no había nadie. Lorenza y Michú llevaban los víveres que Marta, su madre y Catalina preparaban á espaldas de los demás criados, á fin de concentrar el secreto, y á pesar de que ninguno de ellos sospechase que pudiesen haber espías en la casa. Por prudencia, esta expedición siempre se llevó á cabo dos veces por semana y á horas diferentes, tan pronto de día como de noche. Estas precauciones duraron

tanto como el proceso Riviere, Polignac y Moreau. Cuando el senado-consulta, que llamaba al Imperio á la familia Bonaparte y nombraba emperador á Napoleón, fué sometido á la aceptación del pueblo francés, el señor de Hauteserre firmó el registro que fué á presentarle Goulard. Por fin se supo que el Papa iría á consagrar á Napoleón. Desde entonces, la señorita de Cinq-Cygne ya no se opuso á que los dos Hauteserre y sus primos suscribiesen una instancia para que se les excluyese de la lista de los emigrados y pudiesen recuperar sus derechos de ciudadanos. El buen hombre corrió inmediatamente á París y fué á ver al noble marqués de Chargebœuf, que conocía al señor de Talleyrand. Este ministro, que gozaba entonces del favor, hizo llegar la petición á manos de Josefina, y ésta se la entregó á su marido, á quien se daban ya los nombres de Emperador, Majestad y Señor, antes de conocer el resultado del escrutinio popular. Los señores de Chargebœuf y Hauteserre y el abate Goujet, que fué también á París, obtuvieron una audiencia de Talleyrand, y este ministro les prometió su apoyo. Napoleón había indultado ya á los principales autores de la gran conspiración realista tramada contra él; pero, aunque de los cuatro hidalgos sólo hubieran sospechas, al salir de una sesión del consejo de Estado, el Emperador llamó á su despacho á Maligno, á Fouché, á Talleyrand, á Cambaceres, á Lebrún y á Dubois, prefecto de policía.

—Señores, dijo el futuro Emperador que conservaba aún su traje de Primer Cónsul, hemos recibido de los señores de Simeuse y de Hauteserre, oficiales del ejército del príncipe de Condé, una petición para que se les autorice para entrar en Francia.

—Ya lo están, dijo Fouché.

—Como otros mil que yo encuentro en París, respondió Talleyrand.

—Creo, sin embargo, que no habrá usted encontrado nunca á éstos, pues están escondidos en el bosque de Nodesme y allí se creen en su casa.

Se guardó bien de decir al Primer Cónsul y á Fouché las palabras á que había debido la vida; pero, apoyándose en

los relatos hechos por Corentín, convenció al consejo de que los cuatro hidalgos habían tomado parte en el complot de los señores de Riviere y Polignac, señalando á Michú como su cómplice. El prefecto de policía confirmó los asertos del senador.

—¿Pero cómo pudo saber ese administrador que la conspiración estaba descubierta, cuando el Emperador, su consejo y yo éramos los únicos que estábamos en el secreto? preguntó el prefecto de policía.

Nadie hizo caso de las consideraciones de Dubois.

—Si están escondidos en un bosque y no han sido hallados después de siete meses, bien han espiado sus culpas, dijo el Emperador á Fouché.

—Basta que sean enemigos míos para que yo imite la conducta de Vuestra Majestad, dijo Maligno asustado de la perspicacia del prefecto de policía; pido, pues, que se acceda á sus peticiones y me constituyo en su abogado.

—Para usted serán menos peligrosos de ese modo que estando emigrados, pues habrán prestado juramento á la constitución del Imperio y á las leyes, dijo Fouché mirando fijamente á Maligno.

—¿Con que amenazan al señor senador? dijo Napoleón.

Talleyrand conversó algunos instantes en voz baja con el Emperador, y el indulto de los señores de Simeuse y de Hauteserre quedó acordado.

—Señor, dijo Fouché, es fácil que esa gente nos dé aún que hacer.

Talleyrand, á instancias del duque de Grandlieu, acababa de dar en nombre de esos señores su palabra de hidalgo, que tenía mucha seducción para Napoleón, de que no emprenderían nada contra el Emperador y de que se someterían sin intención alguna oculta.

—Los señores de Hauteserre y de Simeuse no quieren llevar las armas contra Francia después de los últimos acontecimientos. Tienen pocas simpatías por el gobierno imperial y son gente á quien Vuestra Majestad debe atraerse. Se contentarán con vivir en territorio francés, obedeciendo

las leyes, dijo el ministro enseñando al Emperador una carta que había recibido concebida en este sentido.

—El que es tan franco, debe ser sincero, dijo el Emperador mirando á Lebrún y Cambaceres. ¿Tiene usted que hacer alguna objeción? preguntó á Fouché.

—En interés de Vuestra Majestad, deseo ser yo el que transmita el indulto á esos señores *cuando quede definitivamente acordado*, dijo en voz alta el futuro ministro de policía general.

—Sea, dijo Napoleón al ver una expresión recelosa en el rostro de Fouché.

Este consejo se levantó sin que el asunto pareciese terminado; pero dió por resultado el que Napoleón pusiese en su memoria una nota dudosa sobre los cuatro caballeros. El señor de Hauteserre, que creía en el éxito, había escrito una carta en que anunciaba esta buena nueva. Los habitantes de Cinq-Cygne no se sorprendieron, pues, al ver que, algunos días después, Goulard iba á decir á la señora de Hauteserre y á Lorenza que enviasen á sus cuatro parientes á Troyes, donde el prefecto les entregaría el decreto que les reintegraba todos sus derechos, previa la prestación de juramento y su adhesión á las leyes del Imperio. Lorenza le respondió al alcalde que avisaría á sus primos y á los señores de Hauteserre.

—¿Pero no están en el país? preguntó Goulard.

La señora de Hauteserre miraba con ansiedad á la joven, que salió al marcharse el alcalde para ir á consultar á Michú. Este no vió inconveniente en dar libertad inmediatamente á los emigrados. Lorenza, Michú, su hijo y Gothard partieron, pues, á caballo, llevando uno de más, pues la condesa debía acompañar á los cuatro hidalgos á Troyes y volver con ellos. Toda la gente que supo esta buena nueva se amontonó delante del castillo para ver salir á la alegre cabalgata. Los cuatro jóvenes salieron de su escondite, montaron á caballo sin ser vistos y tomaron el camino de Troyes, acompañados de la señorita de Cinq-Cygne. Michú, su hijo y Gothard cerraron la entrada del subterráneo y se volvieron á pie. Cuando estaban ya en marcha, Michú

se acordó de que habían dejado en la bodega los cubiertos y el cubilete de plata de que se servían sus amos, y dió la vuelta solo. Al llegar á la orilla del estanque, oyó voces en la bodega y se fué directamente á la entrada á través de los matorrales.

—¿Viene usted á buscar los cubiertos de plata? le dijo Peyrade sonriéndose y mostrando su gorda y amoratada nariz, en medio del follaje.

Sin saber por qué, pues sus jóvenes amos estaban salvados, fué tan viva en Michú esa especie de presentimiento vago é indefinible que causa toda desgracia futura, que sintió un vivo dolor en todas sus articulaciones; no obstante, avanzó y encontró á Corentín en la escalera.

—Me parece que no somos tan malos, dijo á Michú. Hace ya una semana que hubiéramos podido coger á sus amos de usted, pero como sabíamos que iban á ser indultados... Es usted un valiente y nos ha dado demasiado trabajo, para que no satisfagamos al menos nuestra curiosidad.

—¿Daría cualquier cosa, exclamó Michú, por saber cómo y por quién hemos sido vendidos!

—Si eso le interesa á usted tanto, amigo mío, dijo sonriéndose Peyrade, mire usted las herraduras de los caballos y verá que se han vendido ustedes mismos.

—Sin animosidad ¿eh? dijo Corentín haciendo seña al capitán de gendarmes para que se aproximase con los caballos.

—¡Ese miserable obrero parisiense que herraba tan bien los caballos y que se ha marchado de Cinq-Cygne, era uno de los suyos! exclamó Michú; les ha bastado hacer reconocer y seguir en el terreno, cuando estaba húmedo, los pasos de nuestros caballos herrados por él con algunas señales, para descubrirnos. Bueno; estamos en paz.

Michú se consoló muy pronto pensando que el descubrimiento de aquel escondite no tenía ya importancia, puesto que sus amos volvían á Francia y recobraban su libertad. Sin embargo, tenía razón con sus presentimientos. La policía y los jesuitas tienen la virtud de no abandonar nunca á sus amigos ni á sus enemigos.

El honrado Hauteserre volvió de París y fué grande su asombro al ver que no había sido el primero en dar la buena nueva. Durieu preparaba una suculenta comida. Los criados se vestían y se esperaba con impaciencia á los proscritos, que, á eso de las cuatro de la tarde, llegaron alegres y humillados á la vez, pues quedaban por dos años bajo la vigilancia de la policía, con obligación de presentarse todos los meses en la prefectura de policía y reducidos á no salir durante dichos dos años de la comarca de Cinq-Cygne.

—Yo les enviaré á ustedes el registro para que lo firmen, les había dicho el prefecto, y dentro de algunos meses pueden ustedes pedir la supresión de estas condiciones que, por lo demás, han sido impuestas á todos los cómplices de Pichegrú. Yo apoyaré la demanda.

Estas restricciones, bastante merecidas, entristecieron un tanto á los jóvenes. Lorenza se echó á reír diciendo:

—El Emperador de los franceses es hombre bastante mal educado, pues no sabe conceder las gracias por completo.

Los hidalgos encontraron en la puerta del castillo á todos sus habitantes y en el camino á una gran parte de los habitantes de la aldea, que iban á ver á aquellos cuatro jóvenes, famosos en la comarca por sus aventuras. La señora de Hauteserre dió un largo y apretado abrazo á sus hijos y lloró de alegría; no pudo decir nada, pues parecía pasmada por la dicha durante una gran parte de la tarde. Tan pronto como los gemelos de Simeuse se mostraron y bajaron del caballo, hubo un grito general de sorpresa, causado por su asombrosa semejanza: la misma mirada, la misma voz, los mismos modales. Uno y otro hicieron exactamente el mismo gesto al echar pie á tierra, pasando la pierna por encima de la grupa del caballo y entregando las bridas con un movimiento semejante. Su manera de vestir, enteramente igual, ayudaba aún á tomarlos por verdaderos Menechmes. Llevaban botas á lo Suwaroff, pantalones muy estrechos de piel blanca, cazadoras verdes con botones de metal, corbatas negras y guantes de gamuza. Estos dos jóvenes, que tenían, á la sazón, treinta y un años, eran, como se decía en aquel

entonces, encantadores caballeros. De mediana estatura, pero bien hechos, tenían los ojos vivos, adornados de largas pestañas y nadando en el fluido como los de los niños, cabellos negros, hermosas frentes y tez de una blancura verdosa. Su manera de hablar, dulce como la de las mujeres, estaba en armonía con sus hermosos labios rojos. Sus maneras, más elegantes y distinguidas que las de los hidalgos de provincias, anunciaban que el conocimiento de los hombres y de las cosas les había dado esa segunda educación, más preciosa aún que la primera, que hace á los hombres perfectos caballeros. Gracias á Michú, el dinero no les había faltado durante su emigración, y habían podido viajar, siendo bien acogidos en todas las cortes extranjeras. El anciano Hauteserre y el abate los encontraron un poco altaneros; pero, en su situación, aquella altanería denotaba sin duda un hermoso carácter. Poseían las eminentes pequeñas de una educación esmerada, y desplegaban una destreza superior á todos los ejercicios del cuerpo. La única diferencia que podía notarse en ellos existía en las ideas. El menor encantaba tanto con su alegría como el mayor con su melancolía; pero este contraste, puramente moral, no podía verse hasta después de haber tenido mucha intimidad con ellos.

—¡Ah! hija mía, dijo Michú al oído de Marta, ¿cómo no ser adicto á estos dos jóvenes?

Marta, que admiraba como mujer y como madre á los gemelos, hizo á su marido un movimiento de aquiescencia y le estrechó la mano. Los criados recibieron permiso para abrazar á sus nuevos amos.

Durante los siete meses de reclusión á que los cuatro jóvenes se habían condenado, cometieron algunas veces la imprudencia de dar algunos paseos, aunque vigilados por Michú, su hijo y Gothard. Durante estos paseos, que tuvieron lugar en hermosas noches, Lorenza, uniendo el presente al pasado de su vida común, había sentido la imposibilidad de escoger entre los dos hermanos. Su corazón participaba de un amor igual y puro por los dos gemelos. Por su parte, los dos Pablos no se habían atrevido nunca á hablarse de su

inminente rivalidad. ¿Se habían entregado acaso los tres al azar? El estado de ánimo, ó ella misma, habían obrado sin duda sobre Lorenza, pues después de un momento de visible duda dió el brazo á los dos hermanos para entrar en el salón y fué seguida por los señores de Hauteserre, que iban haciendo preguntas á sus hijos. En este momento, todos los criados gritaron:

—¡Vivan los Cinq-Cygne y los Simeuse!

Lorenza se volvió, siempre del brazo de los dos hermanos, é hizo un gesto encantador para dar las gracias.

Cuando estas nueve personas llegaron á observarse, pues en toda reunión, aun en el seno de las familias, llega siempre un momento en que todos se observan después de largas ausencias, á la primera mirada que Adriano de Hauteserre dirigió á Lorenza y que fué sorprendida por su madre y por el abate Goujet, les pareció que aquel joven amaba á la condesa. Adriano, el menor de los Hauteserre, estaba dotado de un alma tierna é inocente. Su corazón había permanecido adolescente á pesar de las catástrofes que había experimentado el hombre. Semejante en esto á muchos militares, cuya alma permanece virgen en medio de la continuidad de los peligros, se sentía oprimido por las hermosas timideces de la juventud. Difería completamente de su hermano, de aspecto brutal, gran cazador, militar intrépido y lleno de resolución, pero material y sin recursos intelectuales, así como sin delicadeza en las cosas del corazón. El uno era todo alma, el otro todo acción; sin embargo, ambos poseían en el mismo grado la idea del honor, que basta para la vida de los hidalgos. Moreno, pequeño, delgado y seco, Adriano de Hauteserre tenía, no obstante, una gran apariencia de fuerza, mientras que su hermano, de elevada estatura, pálido y rubio, parecía débil. Adriano, dotado de un temperamento nervioso, era fuerte por el alma. Roberto, aunque linfático, se complacía en probar su fuerza puramente corporal. Las familias ofrecen á veces extravagancias de este género, cuyas causas podrían muy bien ser interesantes; pero no se trata aquí de esto, y si únicamente de explicar el cómo Adriano no podía encontrar un rival en su hermano. Ro-

berto tuvo para Lorenza el afecto de un pariente y el respeto de un noble por una joven de su casta. Desde el punto de vista de los sentimientos, el mayor de los Hauteserre pertenecía á esa clase de individuos que consideran á la mujer como dependiente del hombre, que restringen á la parte física su derecho de maternidad, que le exigen muchas perfecciones y que no le tienen ninguna clase de consideración. Según ellos, admitir á una mujer en la sociedad, en la política y en la familia, es un trastorno social. Estamos hoy tan lejos de esta rancia opinión de los tiempos primitivos, que casi todas las mujeres, aun las que sólo piden la funesta libertad que les ofrecen las nuevas sectas, pudieran indignarse; pero Roberto de Hauteserre tenía la desgracia de pensar así. Roberto era el hombre de la edad media y el menor era el hombre de hoy. Estas diferencias, lejos de oponerse á su afecto, habían hecho que éste fuese mayor entre los dos hermanos. Desde la primera noche, aquellas nubes fueron vistas y apreciadas por el cura, por su hermano y por la señora de Hauteserre, quienes, al mismo tiempo que jugaban al boston, adivinaron ya dificultades para el porvenir.

A los veintitrés años, después de las reflexiones de la soledad y de las angustias de una vasta empresa abortada, Lorenza, volviendo á ser mujer, sintió una inmensa necesidad de afecto, desplegó todas las gracias de su espíritu y se hizo encantadora. Reveló los encantos de su ternura con la sencillez de un niño de quince años. Durante aquellos trece últimos años, Lorenza sólo había sido mujer para el sufrimiento, y quiso indemnizarse, mostrándose tan amable y coqueta, como grande y fuerte se había mostrado hasta entonces. Los cuatro ancianos, que fueron los últimos en abandonar el salón, quedaron bastante inquietos al ver la nueva actitud de aquella encantadora muchacha. En efecto, ¿qué fuerza no tendría la pasión en una joven de aquel carácter y de aquella nobleza? Los dos hermanos amaban igualmente y con ciega ternura á aquella mujer. ¿A cuál de los dos escogía Lorenza? ¿escoger al uno, no era matar al otro? Condesa por derecho propio, daba á su marido un título y dos

hermosos privilegios; acaso al pensar en estas ventajas, el marqués de Simeuse se sacrificase para hacer que Lorenza se casase con su hermano, el cual, según las leyes antiguas, era pobre y no tenía título. Pero ¿querría el menor privar á su hermano de una dicha tan grande como la de tener á Lorenza por mujer? De lejos, este combate de amor había ofrecido pocos inconvenientes, y, por otra parte, mientras que los dos hermanos corrieron peligros, el azar de los combates podía eliminar aquella dificultad; mas ¿qué iba á ocurrir una vez reunidos? Cuando María Pablo y Pablo María, llegados ambos á la edad en que las pasiones obran con toda su fuerza, se repartiesen las miradas, las expresiones, las atenciones y las palabras de su prima, ¿no nacería entre ellos unos celos cuyas consecuencias podían ser fatales? ¿Qué rumbo tomaría la hermosa, igual y simultánea existencia de los gemelos? A estas hipótesis, establecidas una á una por cada uno de los concurrentes durante la última parte del boston, la señora de Hauteserre respondió que no creía que Lorenza se casase con ninguno de sus dos primos. La anciana dama había experimentado durante la velada uno de esos presentimientos inexplicables que son un secreto entre las madres y Dios. En su fuero interno, Lorenza no estaba menos asustada al verse frente á frente de sus primos. Al animado drama de la conspiración, á los peligros que corrieron los dos hermanos, á las desgracias de su emigración, sucedía un drama en el que no había pensado. Aquella noble muchacha no podía recurrir al violento medio de no casarse con ninguno de los gemelos, pues era demasiado honrada para casarse con otro llevando una pasión irresistible en el fondo de su corazón. Permanecer soltera, cansar á sus dos primos dando largas al asunto y tomar por marido á aquel que le fuese fiel, á pesar de sus caprichos, fué una decisión más bien entrevista que buscada. Al dormirse, se dijo que lo más prudente era abandonarse á la casualidad, pues la casualidad es, en amor, la providencia de las mujeres.

Al día siguiente por la mañana, Michú salió para París, de donde volvió algunos días después con cuatro hermosos caballos para sus nuevos amos. Seis semanas después debía